

"EN EL CINE YA NO



La Magnani en su casa de Roma. En un rincón tiene un gran retrato de Tennessee Williams. Cuando ella interpretó «La rosa tatuada», el escritor norteamericano afirmó que ningún rostro de mujer le inspiraba tanto. Los nuevos rumbos del cine no le van a una actriz temperamental como Anna Magnani y ha decidido volver a la revista.

HAY SITIO PARA MI"

EXCLUSIVA

En las películas intelectualizadas de estos últimos años, una actriz como Anna Magnani, acostumbrada a representar por pura fuerza de su instinto, no ha logrado identificarse con los personajes y los argumentos que se le encomendaban. Su carácter independiente le impide someterse a las mil obligaciones sobre las que hoy se construye la fama de una artista. Por estas razones, "Nannarella" ha decidido ahora volver a la revista.



«La verdad, en mi caso, es sólo ésta: sin un poco de afecto a mi alrededor, me pierdo. Cada mañana, cuando me levanto, me digo: Anna, tendrías que ser más clínica, más calculadora, más espabilada.»

ME parece que el cine ha tomado un mal camino. Todos esos problemas, esas dificultades... El público no es tonto: uno a uno se le puede envolver, pero a todos juntos, no. Juntos, son listísimos, y si una película tiene un poco de intelectualismo, lo nota en seguida y protestan. ¡Ay, Virgen Santal, ¿pero qué son todas esas rarezas? ¿Por qué no se cuentan historias sencillas, espontáneas? ¿Por qué no saben hacer personajes sin tantas

complicaciones, pisando tierra, con sangre en las venas, con pasión?

La voz de Anna Magnani, cuando habla del cine, tiene explosiones de energía, de amargura; las pupilas le brillan en las grandes órbitas, y el rostro, ya envejecido, conserva siempre la obstinada y pura belleza de los sueños que se han ido modelando por la fuerza interna del carácter.

Todo en ella, efectivamente, es «personal» y completamente ajeno a las corrientes de la moda. Viste un jersey y pantalones negros, un poco

deformados, porque los vestidos deben ser ante todo aliados de sus gestos imprevistos, un poco salvajes, y entonces, abre los brazos, se despeina, bosteza, se echa pensativa en el sillón. No lleva reloj ni anillos, ni esmalte en las uñas; tiene dedos casi viriles, entre los cuales el cigarrillo se consume de prisa. Mete en las babuchas dos pequeños pies desnudos y los mueve, hablando, como si fueran manos. Lleva los labios sin maquillaje, en los cuales pueden aparecer exclamaciones inesperadas: «¡Ah,

Tennessee, el querido Tennessee Williams! ¡Cuánta poesía tiene dentro! O bien: «Soy como una lagartija. ¿Cuándo tendremos sol? Tengo tantas ganas de tomarlo...»

Tampoco su casa obedece a un esquema, a un estilo, sino que ha ido creciendo espontáneamente con los años, con su misma carrera; con las ventanas, que dominan las tejas rotas y las cúpulas color naranja de la Roma antigua, con sus grandes gatos con rabos como zorro que están echados in-

SIGUE



Anna Magnani ha nacido en Egipto, de padre egipcio y madre italiana. Debutó en la revista musical en 1935 con la compañía de Pina Renzi y de los Rege. Entre 1941 y 1944 obtuvo grandes éxitos teatrales junto a Totó.

dolentemente en los muebles hasta que su ama los coge, con sus objetos reunidos como por casualidad (gigantescos candelabros, pistolas antiguas, tortugas plateadas, cirios, rosarios españoles), con sus retratos de Leonor Fini, de Tabet, de Bettina, de Vespignani, hasta uno todo en negro y blanco pintado con violentas pinceladas, que lleva la firma de Renato Guttuso; con sus premios, alineados en el borde de la chimenea, y entre los cuales se destaca la enigmática figurilla del Oscar, con la fecha de 1955 grabada y el título de la película que le dio fama mundial, «La rosa tatuada».

Cuando interpretó ella este film, Tennessee Williams afirmó que ningún rostro de mujer le inspiraba tanto como el de Anna Magnani; Pier Paolo Pasolini soñó con tenerla de protagonista en una película suya y, más tarde, escribió para ella el guión de «Mamma Roma», y Marlon Brando, a pesar de que estaba celoso de ella durante el rodaje de «Piel de serpiente», declaró a los periodistas que la adoraba: «Oh. I adore her! She is such an extraordinary actress!» («Oh, verdaderamente la quiero. Es una actriz extraordinaria.»)

"Odio las intrigas y las envidias"

¿Qué es la fama para una mujer como Anna Magnani? Sus grandes ojos oscuros brillan con amargura, enciende otro cigarrillo, rodeada de silencio.

—¿Qué quiere que sea? Hoy, se ha hecho tan difícil para mí... Soy una actriz complicada, los directores tienen miedo, los productores, también. No puedo permitirme el lujo de malograr un film. En una película, me arriesgo siempre en todo. El problema está en encontrar un papel que me corresponda perfectamente, en el que encaje completamente. ¿Pero dónde están esos papeles? Debía hacer una película con Rossellini, pero no se sabe cómo se ha esfumado. Ahora estoy haciendo una película con Autant-Lara, «Le magot de Joseph». Es la historia de una italiana que vive en Francia y que tiene un comercio y se mete en un lío; es un papel que está entre lo dramático y lo cómico y que a mí me va. Pero al mismo tiempo estoy cansada de verme sujeta siempre a un cliché habitual y quisiera renovarme. Hacer siempre este tipo de mujer del pueblo, de instintos violentos, primitivos, comienza a pesarme y quisiera evitarlos. Me siento con tantas cosas dentro, tantas nuevas cuerdas que tocar, pero es difícil con un cine en transformación como el de hoy, a decir verdad no se comprende nada de esta «nouvelle vague», y no veo bien de qué manera resolveré el problema.

Es extraño, pero la polémica cinematográfica para Anna Magnani no tiene tonos agresivos, sino que asombra por su desilusión, por una lucidez que no es rebelión, sino comprensión amarga. «La **SIGUE**



Anna Magnani es la protagonista de «Le magot de Joseph», dirigida por Claude Autant-Lara, el de «La travesía de París».



Bourvil, el gran cómico francés, es el compañero de la Magnani en la película que actualmente rueda en Francia. Es la primera vez que trabajan juntos en un film.

verdad es que estoy cansada de enfrentarme y de luchar. Me he enfrentado demasiadas veces en mi vida.»

¿Cómo puede una actriz de su temperamento y de su formación unirse fácilmente al panorama cinematográfico tal como se ha configurado en estos últimos años? Su impacto popular, de mujer unida a las normas del neorealismo de la posguerra, tiene que traicionarla en un cine de frías revoluciones formales (como el de Resnais o de Godard, para entendernos). Su fe oscura, sensual, en las cosas de la vida se adapta mal a la problemática del hastío, de la saturación de todo. Su rostro, intenso y dramático, donde las emociones se reflejan con violencia (basta pensar en aquel episodio de «La voz humana» que tuvo como prota-

gonista su rostro y el hilo del teléfono), no puede hacer sino romper la estática elegancia de ciertos encuadres. Su mismo método de trabajo, que exige crear plenamente una situación, actuando con grandes movimientos instintivos, está en desacuerdo con ciertos métodos nuevos para los cuales el actor casi se mantiene a la sombra del director y parece que actúa como un autómata, según le da órdenes.

En este sentido, su última experiencia, la de «Mamma Roma», aunque naciese de una verdadera amistad con el director, no ha sido muy afortunada. Pier Paolo Pasolini pedía a Anna Magnani contener su ímpetu, que hubiese descuido desarrollar plenamente, en los planos cortos; le pedía «que no esculpiera al personaje

con el cincel de un escultor de monumentos ecuestres, sino trabajarlo como artífice, recitando las frases, una a una, como si fueran joyas». Anna, en cambio, sufría al tener que comenzar una escena por la mitad o por el final, y subvertir el orden de las propias emociones; y sobre todo, se sentía traicionada en su verdad de actriz de instinto que no puede ser obligada para dar lo mejor de sí.

—Forzarme a hacer algo que no siento, quiere decir obligarme a no ser auténtica —afirma—, y así se lo decía a Pier Paolo: «Si yo no tengo idea clara de lo que estamos haciendo, si tú no me dejas un poco libre, yo no logro identificarme con el personaje que tú quieres, y me siento ajena al asunto. Y, entonces, los actores que tú has escogido por la calle

y que haces trabajar como «robots», resultan más auténticos que yo, y yo no quiero que el público haga esa comparación.»

"No consigo ser un rinoceronte"

¿Pero qué representa ya la obstinación de una actriz que aún busca «historias de sangre y de tierra» frente a un cine que se ha convertido en creación casi exclusiva de los directores, o mejor aún, de los inflexibles talentos de vanguardia? En una época anterior, sí que contaban. Y Anna Magnani recuerda con nostalgia las discusiones y las aclaraciones que le hacían a menudo hablar



La película se rueda en Bussy-St-Martin, pueblito próximo a la capital francesa. Entre plano y plano, Anna Magnani y Bourvil prueban complacidos el vino del país.

el mismo lenguaje que Visconti, Rossellini, Zampa, Camerini o Mann. Rodando «Sor Leticia», por ejemplo, en la cual debía describir el despertar de un sentimiento maternal en un corazón de monja, se enfrentó con Camerini que la imponía rodar, demasiado castamente, la escena en la cual el niño le arrancaba el velo, exclamando: «¡Oh, también las monjas tienen pelo!», y le convenció de que la dejase libre para crearlo como ella lo sentía. Y, entonces, en vez de sentarse frente al niño, lo puso en sus rodillas, lo apretó contra sí, después se dejó caer al suelo, llegando al momento en que le arranca el velo como una consecuencia de su espontaneidad, y no por una actuación meditada. Y, más tarde, cuando hizo «Bellísima», obtuvo de Luchino Vis-

conti, por lo general tan inflexible y amargo en sus imposiciones a los actores, que la dejara decir un largo monólogo improvisando, deliberadamente, la entonación, para poderse sentir auténtica, precisamente en la medida en que las frases que decía coincidiesen con las que habría dicho ella misma.

En cambio, hoy, cierto cine de vanguardia resulta tan calculado en la mente del director, tan abstracto e ideológico, que coarta a Anna Magnani esa maravillosa fuerza instintiva que le hace exclamar: «Cuando encuentro un papel que me gusta, me estimula inmediatamente y me siento viva.» Y que le hace sentirse estúpida y anticuada en un mundo de «intelectuales demasiado complicados».

Su voz entonces tiene, nuevamente, un estallido de energía amarga:

—La verdad es que tendría que convertirme en un rinoceronte como los demás, pero no lo consigo, ¡Dios mío, no lo consigo! Muchas mañanas me despierto y me digo: Anna, tendrías que doblegarte; Anna, tendrías que ser más cínica, más espabilada, más calculadora. Pero es inútil que me lo diga. Nunca seré un rinoceronte, y por eso, todo lo que sucede en el mundo, y no sólo en el mundo del cine, está destinado a herirme.

Este es uno de los aspectos más auténticos del temperamento de Anna Magnani. Su rectitud, su franqueza popular que es incapaz de aceptar compromisos, la fidelidad a sí misma. Como personaje cinematográfico, a fuerza de desdeñar las

concesiones, las acciones calculadas, no puede ser un mito permanente que los agentes de publicidad ofrezcan a la masa como un producto bien elaborado, sino que está continuamente al borde del olvido o del entusiasmo. Ella, por ejemplo, se niega a que aparezca su nombre como espectadora en los festivales porque le da mucha pena «ver ese misero espectáculo de gente que se exhibe con intrigas que no se ven pero que se perciben en el aire, con verdaderos negocios como un mercado». Recibe premios importantes, pero se niega a ir en persona a retirarlos «porque a mí, cruzar por la pasarela, delante de un público elegante, me disgusta».

Y por eso cuenta ahora que miró asombrada a una amiga que, ante su negativa a retirar el **SIGUE**



ALAS

COMPANÍA GENERAL DE PUBLICIDAD, S. A.
Avda. del Generalísimo, 30-Edificio Lima-Madrid

La mayor organización técnica
publicitaria de España pone a su
servicio

en sus 4 plantas:

PLANTA 16.^a: Dirección General-Administración - Extranjero - Relaciones Públicas Marketing y Promociones Especiales - J. Walter Thompson - Biblioteca y Consejo de Creación.

PLANTA 1.^a: Sucursal Madrid-Dirección-Sub-Dirección - Secretaría - Planificación, Redacción - Medios - Prensa, Revistas, T V, Radio, Cine, Exterior, Exposiciones, Ferias, Artes Gráficas - Presupuestación - Estudio Laboratorio Fotográfico - Expedición.

PLANTA BAJA: Realización para Sucursales de Provincias - Dirección - Secretaría Planificación - Redacción - Estudio - Laboratorio Fotográfico.

PLANTA SOTANO: Sala de Proyección-Estudios de Fotografía, Cine y T V - Sala de Conferencias, Exposiciones y Bar.

(permanecen en Alcalá, 32 nuestros despachos de Anuncios por Palabras-Recortes de Prensa e Información General).

TEL. 2225011-2229904

EN EL EDIFICIO LIMA, ALAS
Y SUS 300 COLABORADORES
LE OFRECEN UNA AGENCIA
DE SERVICIO COMPLETO.



Teléfs. Centrales: 259 24 00-05 - 06 - 07 - 08 - 09 (seis líneas)

ANNA MAGNANI

premio en Saint Vincent, intentaba convencerla: «Pero Anna, ¿te das cuenta que cada premio son dos kilos de oro?» Le colgó el teléfono, creyendo que se trataba de una broma, aquella madrugada en la que le anunciaron la concesión del Oscar. Recibe invitación del gran Chambelán de la Corte de Inglaterra para presentarla oficialmente a la reina Isabel, y no duda en negarse, a pesar de que Isabel «sea tan simpática, tan valiente y pequeña y graciosa», porque la idea de vestirse de «máscara» que hace una reverencia a la Reina le parece grotesca. Se indigna si los periódicos divulgan la leyenda dulzona de su «gran corazón de madre» herido por la enfermedad que padeció el hijo, siendo niño, que le dejó inválido. La energía de su carácter le hace mirar con recelo todas las especulaciones sobre lo patético, y su franqueza popular se siente herida en la solidaridad «hacia todas las madres que han tenido desgracias mayores que la mía, y sin tener dinero para curar a sus hijos».

"Sin un poco de afecto a mi alrededor, me pierdo"

Es tan incapaz de gestos publicitarios que acaba por sentir admiración hacia todas aquellas actrices que aceptan convertirse en las esclavas de su misma notoriedad. Es capaz de oponer una negativa durante años, incluso al proyecto más atrayente, sólo porque le parece incompatible con su integridad de artista que puede ser verdadera sólo cuando «siente» un papel. Así fue como perdió la buena ocasión de interpretar «La Ciociara», bajo la dirección de De Sica.

—En vez de darme una hija joven e inexperta, una especie de angelito, querían darme a Sofía Loren. Y esto no porque quisiera oponerme a Sofía, sino porque me parecía demasiado adulta para interpretar la niña descrita por Moravia. Después fui yo quien dije a De Sica: «Vittorio, ¿por qué no das el papel de madre a Sofía Loren? Y él, en seguida, cogió la idea.»

«Pero todo esto se paga, y claro que se paga», insiste con energía, casi ocultando el rostro tras los brazos levantados. «No poder ser un rinoceronte es hoy una condena.» Es extraño, pero ahora lo que nos llama la atención en esta actriz sobre la que pesa la leyenda de un carácter alegre, apasionado, incontrolado, es casi lo contrario: o sea, una actitud reservada, de animal herido que reacciona bruscamente y que, aunque ría, hable, apriete entre sus brazos a uno

de los gatos, comente con viveza a Tennessee, Burt Lancaster o Marlon Brando, no llega a desmentir la vitalidad desilusionada que le brilla en los ojos, o la amarga soledad que anida en sus órbitas grises. Para ser un personaje auténtico y, además, unido a un sentimiento popular que fácilmente sangra y se rebela, debe ser muy duro navegar entre dos aguas (demasiado comerciales, o demasiado intelectuales) de la industria cinematográfica actual.

«Es muy duro; Dios sabe lo duro que es», repite. Lo que le ha dado más sufrimientos, sobre todo en estos últimos años, es la carrera loca de los hombres hacia su pequeña meta («canibalismo», lo llama) que excluye, automáticamente la posibilidad de una relación más humana y más sincera. Prevalece el interés sobre la amistad, que ella no duda en llamar «santa», porque los amigos son la familia que uno elige, «y por esto, ver que un amigo es incapaz de hacer el menor gesto que no tenga un interés, me hiere en lo más profundo». Y la rivalidad aumenta con todas las mezquindades y las envidias que ella declara no haber experimentado nunca: «Hasta me acuerdo de cuando era muy joven y actuaba en una compañía con Vera Vergani en una comedia de Nicodemi, me quedaba extasiada mirándola; tan encantada estaba por su «chic», por su vestido blanco, por la suavidad y finura de su palabra.» Y es, sobre todo, cierta imposibilidad de agarrar las cosas, las personas, que apenas sabe explicar («será la incomunicabilidad, el afán de vivir, un trabajo excesivo, pero en verdad algo no marcha hoy como antes»), lo que para ella, mujer instintiva, se traduce en la sensación de una falta de afecto, de una desconfianza, de una hostilidad que le impide entregarse, en la vida y en el trabajo, con toda su vitalidad y sus impulsos.

—Porque la verdad, en mi caso, es sólo ésta: sin afecto a mi alrededor me pierdo. Para mí, sentirme rodeada de un ambiente frío, nada más que de talentos, es como tener que andar delante de un dinosaurio. Por estas razones he decidido, hace algunos meses, dedicarme a la revista de nuevo. Porque la revista está llena de diversión, de cambios de humor, y el artista es libre, se mueve como quiere, hace muchas cosas a la vez y nadie le cuenta los pasos o le interrumpe al hablar. Y además, en la revista, siento el calor del público que me quiere muchísimo, y este amor mueve algo dentro de mí. Sí, para mí es un buen baño de libertad y finalmente será como una fiesta.

GRAZIA LIVI

LA HISTORIA DE TRES MUJERES, TRES VIDAS DESQUICIADAS, TRES EXTRAÑOS DESTINOS...

LUNES PROXIMO ESTRENO EN ROXY A

COLUMBIA FILMS presenta la Tercera Producción de JURFILMS



LA CUARTA VENTANA



EMMA PENELLA

**ELISA MONTES
TERESA PAVEZ
ANGEL DEL POZO
GLORIA OSUNA
LUIS INDUNI**
y la colaboración especial de
LEO ANCHORIZ

**DIRECTOR:
JULIO COLL**

BAJO UNA MASCARA DE FRIVOLIDAD Y DESENFADO, LATIA EN AQUELLAS TRES ALEGRES MUCHACHAS UNA DESESPERADA E INSATISFECHA ANSIA DE AMOR...

AUTORIZADA PARA MAYORES